

LAS UTILIDADES DE LA RELIGIÓN

Un Ensayo sobre su Interpretación Económica

por

Upton Sinclair.

Páginas 42 a 76.

LIBRO SEGUNDO.

La Iglesia de la Buena Sociedad.

"En la Casa de Mammón (1), los sacerdotes del Dios se encuentran alertas, rodeados de una luz tenue y de esplendores, y practican sus misterios (2); saben que el culto de Mammón siempre perdurará, substituyendo a los credos desaparecidos, y que ellos serán declarados los elegidos del Dios, siempre tranquilos, solemnes y seguros.

"En la Casa de Mammón, se alza el altar de oro, las lámparas de forma de dragón quedan veladas por el humo del incienso costoso - el polvo de los ideales pretéritos - que sube fragante de las brasas, contando de las esperanzas desde ya hace mucho tiempo desaparecidas, contando de la muerte de las almas."

Sterling.

(1) Mammón: dios de la riqueza en la mitología asiria. (N. del T.)

(2) Misterios: ceremonias secretas del culto de alguna divinidad. (N. del T.)

Los Magos de la Lluvia.

Comienzo por la "Iglesia de la Buena Sociedad" (1), por ser la Iglesia en que me crié. Al leer esta declaración, algunos de mis lectores sospecharán en mí un orgullo fundado en el "snobismo". Examino mi corazón; encuentro que recuerdo que desde mi más tierna niñez conocí ese ambiente de la urbanidad; que todos los domingos, a mañana y tarde, esos encantamientos melodiosos e hipnotizadores herían mis oídos infantiles. Tomo el ritual (2), encuadernado en piel negra de aspecto aristocrático, con el título estampado con letras de oro, y el viejo libro estropeado me trae a la memoria los extraños estremecimientos que me producía el antiguo temor. Pero procuro reprimir todo vestigio de esas emociones y contemplar el libro - no como un mensaje de Dios a la Buena Sociedad, sino como uno de los mojones en la lucha secular del hombre contra el mito y el dogma utilizados como una fuente de ingresos y un escudo para el privilegio.

Al principio, era natural que el sacerdote y el mago rigieran todo el Universo. Pero, al examinar este "Libro de Oración Común", encuentro que, hoy en día, hay por lo menos una función de la cual esos taumaturgos han quedado completamente eliminados; ya no aparece

(1) "Iglesia de la Buena Sociedad": la Iglesia Protestante Episcopal de los Estados Unidos de América, a la que pertenecen la pseudo-aristocracia y la plutocracia de dicho país; la referida Iglesia viene siendo hija de la Iglesia Anglicana, otra "Iglesia de la Buena Sociedad", puesto que pertenece a ella la mayor parte de la aristocracia británica. Estas dos Iglesias se asemejan en sus ritos, etc. a la Católica Apostólica Romana; en efecto, desde hace algunos años, se está tratando de que vuelvan al seno de ésta. El autor dedica todo este capítulo o "libro" a las antedichas Iglesias de la Buena Sociedad; por los muchos puntos de contacto que tienen con la Iglesia Católica Apostólica Romana, mucho de lo que dice de ellas es también aplicable a ésta, de la que trata ampliamente en el siguiente capítulo o "libro". (N. del T.)

(2) Ritual: libro en el cual se encuentra el orden de todas las ceremonias y de los ritos del culto cristiano, con las oraciones prescritas para administrar los sacramentos. El ritual de la Iglesia Anglicana y el de la Iglesia Protestante Episcopal de los Estados Unidos se llaman de la misma manera, a saber: "Book of Common Prayer" ("Libro de Oración Común"), siendo los dos casi idénticos. (N. del T.)

en el libro ninguna oración para que los planetas se detengan o para que los cometas se alejen (1). ¡La "Iglesia de la Buena Sociedad" ha descubierto la astronomía! Pero si algún astrónomo atribuye esto a sus aparatos y a la maravillosa exactitud de éstos, le ruego que se detenga, por lo menos un momento, para considerar mi "interpretación económica" del fenómeno - la que consiste en el hecho de que los cuerpos celestes afectan tan poco a los destinos de la humanidad que los emolumentos no han sido suficientes para justificar que el sacerdote continúe desempeñando sus funciones de astrólogo.

Pero en el caso de la meteorología, ¡qué diferencia encontramos! ¿Es que el barómetro más preciso ha podido privar al sacerdote de sus prerrogativas de mago de la lluvia? No lo ha podido hacer, ni en los países más civilizados; ni siquiera en la Iglesia Protestante Episcopal de los Estados Unidos de América, ¡la más decorosa y seria de todas las instituciones! Estudio cuidadosamente el pasaje en el cual el clérigo aparece como controlador de la suerte de las cosechas. Noto que se emplea una fraseología cautelosamente expurgada; ¡la Iglesia no quiere repetir la experiencia del aprendiz del hechicero, quien hizo que los demonios trajeran el agua y después no pudo hacerles interrumpir la tarea! El encantamiento pide "lluvias moderadas"; y, como una precaución adicional, hay un contraencantamiento para impedir "las lluvias excesivas y las inundaciones"; de manera que las llaves de la lluvia quedan perfectamente controladas.

Hojeo este "Libro de Oración Común", y noto los restos de magia que contiene. Son pocas las emergencias de la vida en las cuales el sacerdote no está autorizado para intervenir; y son pocos los fenómenos naturales que no se hallan bajo su control. Y, para el caso de que se haya omitido algún punto, hay una orden en blanco contra la Providencia: "¡Dígnate oírnos, para que queden nulificados

(1) Cuenta la historia que cuando se presentó el cometa de Halley en 1456, infundió tanto terror, que se hizo necesario que interviniese el Papa Calixto III. ¡Lo exorcizó y expulsó del cielo, y el cometa, aterrado por las maldiciones del Papa, huyó a los abismos del espacio, sin atreverse a volver sino hasta después de setenta y cinco años! (N. del T.)

los males que la astucia o la sutileza del diablo o del hombre tratan de hacernos!" Esto me hace recordar la idea que me perseguía en la niñez, al leer en los cuentos de hadas acerca del héroe a quien se le concedió la realización de tres deseos. Nunca pude comprender por qué el héroe no arregló el asunto de una vez por todas - ¡con desear que se realizaran todos sus deseos!

La mayoría de estos encantamientos son inofensivos, y algunos son hasta dulces; pero de vez en cuando tropieza usted con uno de un sentido realmente siniestro. Da la casualidad de que el libro que tengo delante de mí es el ritual de la Iglesia Anglicana, la que es aun más franca en su ejercicio de la Gran Magia. Recuerdo que hace muchos años tuve una conversación con un oficial del ejército inglés, y que le pregunté cómo podía estar seguro de sus soldados cuando se tratara de los grandes conflictos entre el capital y el trabajo; ¿si nunca se le había ocurrido que los soldados tenían parientes entre los obreros, y que alguna vez pudiera suceder que se rehusaran a disparar contra ellos? Contestó que lo sabía, pero que el ejército había elaborado su técnica con gran cuidado. Dijo que nunca se le ocurriría mandar que sus hombres hicieran fuego contra una turba a sangre fría; primero pondría en acción el encantamiento de la disciplina, haciéndoles marchar alrededor de la manzana, para infundirles el arrojo necesario y excitarles la sangre con la música marcial; después de lo cual, cuando diera la orden, "entrarían" valerosamente. Nunca he podido olvidar el gesto y la animación con que ilustró la manera de que "entrarían" - hasta creí oír el crujir de las bayonetas en la carne humana. El sistema social que prevalece en Inglaterra ha hecho necesario el perfeccionamiento de semejante técnica militar; podrá usted descubrir, además, que la gazmoña piedad inglesa ha hecho necesario que se le dé una sanción religiosa. Después de haber terminado su "trabajo", y de haber limpiado perfectamente las bayonetas, la compañía marcha a la iglesia; el oficial se arroja en el lugar de preferencia (1) que alquila su familia, los sol-

(1) En Inglaterra, en los Estados Unidos, así como en algunos otros países, es costumbre que toda familia acomodada ocupe un lugar de preferencia en la iglesia, mediante el pago de determinado alquiler anual. (N. del T.)

50

dados rasos se arrodillan junto a las pizpiretas doncellas de servicio, y el clérigo alza las manos al cielo y entona solemnemente: "¡Bendecimos tu Santo Nombre, por haberte placido aplacar los tumultos sediciosos que han surgido últimamente entre nosotros!"

Y algunas veces el clérigo hace más que bendecir a los matadores - hasta toma parte en su labor sangrienta. En la página 17 del volumen 40 de las Memorias del Ministerio de Gobernación del Gobierno Británico, leo cómo ciertos mineros se habían declarado en huelga a causa de los salarios bajos y del sistema de tiendas de raya, y que el Vicario de Abergavenny (1) se puso a la cabeza de la milicia local y de la tropa de línea. Envió al Ministerio de Gobernación un relato animado de sus operaciones militares. Todo lo que quedaba por hacer era aprehender a algunos de los huelguistas, "y entonces podré volver al desempeño de mis funciones sacerdotales". Más tarde, escribió de las "influencias siniestras" que les impedían a los mineros volver a su trabajo, y cómo había metido en la cárcel a media docena de los más obstinados.

El Dios del Fuego de la Antigua Babilonia.

Así llegamos a la más importante de todas las funciones del Dios de la tribu: de un aliado en la guerra, de un inspirador del valor marcial. En la antigua Babilonia, el que deseaba vencer a sus enemigos se dirigía al santuario del Dios del Fuego, y, entre ritos terribles, el sacerdote pronunciaba encantamientos, que se han conservado en ladrillos y transmitido para el uso de las Iglesias modernas. "Pronúncialos en secreto, y ten una imagen de bronce que los lleve grabados", ordena el texto antiguo, el cual prosigue, en muchas estrofas, de la manera siguiente:

"¡Que ellos mueran, pero que yo viva!"

(1) Abergavenny: población del condado de Monmouth, Gales. (N. del T.)

!Que caiga sobre ellos una maldición, pero que yo prospere!
!Que ellos perezcan, pero que yo medre!
!Que ellos se debiliten, pero que yo me fortalezca!
!Oh Dios del Fuego, poderoso y exaltado entre los dioses,
Tú eres el Dios, eres mi Señor, etc."

Esto se decía en la Babilonia pagana, hará unos tres mil años.
Desde entonces, el mundo ha progresado:

"Ha habido tres mil años de guerra, de paz y de gloria,
De esperanza, de trabajo, de hazañas y de ilusiones doradas,
De voces poderosas que han cantado y relatado,
De grandes inventos y de sueños magníficos - "

Y, en una de las principales naciones del mundo, la gente se pone de pie, se descubre, y le canta a su Dios rogándole que guarde a su rey y castigue a aquéllos que se le opongan:

"!Oh Dios, Nuestro Señor, levántate,
Derrota a sus enemigos,
Y hazlos caer;
Confunde su política,
Frustra sus trazas malvadas;
En él fijamos nuestras esperanzas,
Oh Dios, sálvanos a todos!"

Entiendo que recientemente ha llegado a establecerse la costumbre de omitir esta estancia del himno nacional inglés; pero es evidente que esto se hace debido a la crudeza de su expresión, y no debido a que se objete la idea de rezar a un Dios para rogarle que ayude a una nación y perjudique a otras; puesto que el mismo sentimiento se expresa repetidas veces en el más cuidadosamente revisado de todos los devocionarios:

"Abate su orgullo, mitiga su malicia, y confunde sus ardis.
Defiéndenos, a tus humildes siervos, contra todos los ataques de nuestros enemigos.
Fortalécelo (al Rey), para que pueda vencer y aplastar a todos sus enemigos.
No hay ningún otro que luche por nosotros, sino únicamente Tú, !oh Dios!"

Hoy en día, se rezan oraciones semejantes en todas las naciones que se dicen civilizadas. Detrás de cada línea de batalla en Europa (1), puede usted ver a los sacerdotes del Dios del Fuego babilónico, con sus imágenes de bronce y sus antiguos encantamientos; puede usted ver cómo se hacen encantamientos mágicos, se bendicen estandartes mágicos, se come pan mágico y se bebe vino también mágico (2), se bendicen fetiches y se quitan ojos, y se rebusca en toda la Eternidad para encontrar medios de incitar a los soldados "para que entren". En todo el mundo civilizado, las fobias y las manías de la guerra han vuelto a arrojar al pueblo en las redes del sacerdote, y esa Iglesia que atormentó a Galileo (3) en las mazmorras de la Inquisición, y que hizo fusilar a Ferrer en el paredón de la fortaleza de Montjuich, se regocija por el "renacimiento de la Religión".

Los Ensalmistas.

El señor Andrew D. White nos dice (4):

"Se notó en el siglo XIV, después de que hubo pasado la gran peste, llamada la Peste Negra (5), que una propor-

(1) Esta obra se escribió en 1918, antes de que terminara la Gran Guerra. (N. del T.)

(2) "Pan mágico y vino mágico": Muchas religiones anteriores al cristianismo tenían el sacramento eucarístico. También lo tenían los aborígenes de América desde antes del descubrimiento de ésta. Los aztecas hacían con harina de maíz, mezclada con sangre, una imagen de su divinidad tutelar; este pan, después de consagrado, se repartía entre los asistentes a la ceremonia, quienes, al comerlo, hacían manifestaciones de humillación y de pesar, declarando que comían la carne de su dios. (N. del T.)

(3) Galileo Galilei (1564-1642): astrónomo italiano, conocido generalmente por su nombre de pila (Galileo). Se le debe el descubrimiento de la ley de gravedad, del péndulo, de la balanza hidrostática, del termómetro y del compás de proporción. Descubrió los satélites y los anillos de Júpiter, las fases de Venus, las manchas del Sol, etc. Defendió el sistema de Copérnico, y sus estudios cambiaron la faz de la astronomía. Debido a sus opiniones científicas, contrarias a los absurdos de las Sagradas Escrituras, fue denunciado como hereje, y durante los diez últimos años de su vida sufrió las persecuciones de la Inquisición, que le obligó a pronunciar una abjuración solemne. (N. del T.)

(4) "Historia del Conflicto entre la Ciencia y la Teología", Andrew Dickson White. (N. del T.)

(5) Peste Negra: fue una epidemia de peste bubónica que asoló todo el Viejo Mundo; sólo en Europa perecieron de ella más de 25,000,000 de personas. (N. del T.)

53

ción inmensamente aumentada de los bienes inmuebles y muebles de todos los países europeos se encontraba en manos de la Iglesia. Bien dijo un gran eclesiástico que 'las pestes son las cosechas de los ministros del Señor'."

Por lo tanto, es natural que el clero se aferre a sus prerrogativas de ahuyentador de las epidemias. ¿Quién sabe en qué día pueda ocurrírsele al Señor reprender a los hombres de ciencia advenedizos que recomiendan la inoculación (1) tan impía y atea, y hacer volver al pueblo a su rebaño a fuerza de castigos, como lo hizo en los buenos tiempos de Moisés y de Aarón? El Vizconde Amberley, en su obra inmensamente erudita intitulada "El Análisis de las Creencias Religiosas", la mitad de la cual ha sido suprimida, cita las palabras de unos misioneros en las Islas Fidji respecto a las ideas de los ignorantes isleños paganos acerca de lo que es una peste. Decían que era la obra de un "hacedor de enfermedades", que quemaba imágenes de las gentes, haciendo al mismo tiempo encantamientos; así es que sonaban sus cuernos para ahuyentar a este hacedor de enfermedades de sus maleficios. Los misioneros se encargaron de explicar la verdadera causa del azote - ¡y revelaron con ello que se encontraban sobre el mismo nivel intelectual que el de los paganos a quienes debían ilustrar! Sucedió que los indígenas habían estado en guerra con sus vecinos, y que los misioneros les habían ordenado que desistieran de ella; los paganos se habían rehusado a obedecer a sus mentores, por lo cual, según éstos, ¡Dios había mandado la epidemia para castigar su presunción salvaje!

Y el "Libro de Oración Común" de la más decorosa y más culta de nuestras Iglesias se encuentra precisamente sobre el mismo nivel intelectual que el que presentan los habitantes de las Islas Fidji. Recuerdo que siendo muy pequeño me encontraba postrado en la cama, víctima de una enfermedad originada por la circunstancia de que se seguía en mi casa la costumbre, tan generalizada en el Sur, de comer

(1) Inoculación (curativa o preventiva): inoculación de sueros o vacunas con el objeto de curar o prevenir una enfermedad infecciosa. (N. del T.)

pan caliente tres veces al día; vino un clérigo amable, y recitó la oración apropiada para semejantes visitas pastorales: "¡Sufre, por lo tanto, pacientemente el castigo del Señor!" Y en otra ocasión, estando enferma mi madre, recuerdo que el clérigo leyó una oración por ella en la iglesia, especificando todas las enfermedades, "tanto del espíritu como del cuerpo o de los bienes". Yo pensaba únicamente en mi madre, por lo cual el significado de estas palabras no entró en mi cabeza infantil; no me di cuenta de que el plutócrata entrado en años, vestido de fino paño negro, que estaba arrodillado en el lugar delante del mío, invocaba la ayuda del Todopoderoso para que los inquilinos de sus inmundas casas de vecindad pagaran las rentas puntualmente; para que tuviera éxito su pequeña especulación en algodón; y para que los niños empleados en sus fábricas se esforzaran por trabajar más aprisa.

Alguien le preguntó a Voltaire (1) si era posible matar una vaca por medio de encantamientos, a lo que contestó: "Sí, con tal que se use al mismo tiempo un poco de estricnina." Y parece que ésta es la actitud que adopta hoy en día el miembro típico de la Iglesia Anglicana; ocupa los servicios del mejor médico que conoce, se cerciora de que la instalación sanitaria de su casa se encuentra en perfectas condiciones, y, después de esto, cree que no hay inconveniente en dejarle hacer también al Señor. Así tiene contentas a las mujeres de su familia, y, después de todo, todavía no conocemos muchas cosas respecto al mundo. Por lo tanto, se dirige al banco que alquila en la iglesia para él y su familia, recita las oraciones venerandas, y contribuye con su óbolo para el sostenimiento de una institución que, en trece de los domingos de cada año, proclama las amenazas aterrado-

(1) Francisco María Arouet Voltaire (1694-1778): poeta, autor dramático, historiador y filósofo francés. Sostuvo una larga lucha contra la religión católica y murió sin haber recibido los últimos socorros de ésta; debido a esto, su cadáver no fue admitido en ninguno de los cementerios de París, y sus deudos tuvieron que trasladarlo a la abadía de Scellieres, de la que era comendador su sobrino el abate Mignot; al fin, por decreto de la Asamblea Nacional, los restos de Voltaire fueron trasladados solemnemente en 1791 al Panteón, donde descansan. (N. del T.)

ras del Credo de San Atanasio (1):

"Todo aquél que quiera salvarse necesita, ante todas las cosas, profesar la fe católica. Y, de no conservar esta fe íntegra e impoluta, perecerá, sin duda, para siempre jamás."

Para ilustrar al lector no iniciado, puede explicarse que la "fe católica" a que se hace referencia aquí no es la católica apostólica romana, sino la de la Iglesia Anglicana y de la Iglesia Protestante Episcopal de los Estados Unidos de América. Este credo del antiguo alejandrino sienta la verdad con una precisión severa y amenazadora - tiene cuarenta y cuatro párrafos de minucias metafísicas, y termina con la sentencia final: "Ésta es la fe católica, y el hombre que no cree en ella fielmente no puede salvarse."

Como usted ve, los fundadores de esta institución augusta no se conformaban con una complacencia culta; lo que creían lo creían realmente, de todo corazón, y estaban dispuestos a obrar de acuerdo con su fe, aunque tuvieran que quemar en la hoguera a sus propias gentes. Además, conocían el impulso incesante de la inteligencia para desarrollarse; la terrible tentación que se le presenta a cada nueva generación para creer en lo que es razonable. Se enfrentaron con la situación exponiendo la fe verdadera en palabras que nadie podía equivocar. Han establecido, no tan sólo el Credo de San Atanasio, sino también los "Treinta y nueve Artículos" - los cuales son treinta y nueve garantías separadas y terminantes al efecto de que todo aquél que ha recibido las órdenes sacras de la Iglesia Anglicana o de la Protestante Episcopal de los Estados Unidos tiene que ser o un hombre de inteligencia inferior, o un sofista e hipócrita. La desesperación a que han llegado algunos clérigos frente a este dilema tan cruel queda ilustrado por el cuento que se relata acerca del Doc-

(1) San Atanasio (296-373): Patriarca de Alejandría y doctor de la Iglesia. Parece, sin embargo, que el terrible credo que lleva su nombre no fue obra de él. Las doctrinas que expresa están de acuerdo con la teología de todas las iglesias cristianas. La Iglesia Protestante Episcopal de los Estados Unidos ha eliminado dicho credo de su ritual, pero la Anglicana lo conserva, y se lee solemnemente en trece de los domingos del año. (N. del T.)

tor Jowett (1), del Colegio Balliol, de la Universidad de Oxford; se dice que cuando tenía que rezar en público el "Credo de los Apóstoles", salvaba la situación comenzando por las palabras "Solía creer", pronunciadas en voz prácticamente inaudible, de manera que salía lo siguiente: "Solía creer en el Padre, en el Hijo y en el Espíritu Santo." Puede ser que el eminente teólogo nunca hiciera esto; pero el hecho de que sus alumnos lo contaban, y de que les parecía chistoso, es una indicación suficiente de la actitud de éstos hacia su "Religión". El hijo de William George Ward (2) cuenta, en la biografía de su padre, cómo este conocido líder del "Movimiento de Oxford" (3) resolvía el problema con un cinismo que parece casi sublime: "¡Convénzase plenamente de que hay justificación para recurrir el engaño, y después póngase a mentir con desparpajo!"

La Canonización de la Incompetencia.

Hoy en día, el crimen máximo de la Iglesia consiste en que, en todas partes, así como en todas sus actividades y mediante toda su influencia, fomenta la inacción de la inteligencia, atrofia el cerebro, santifica la estupidez, y canoniza la incompetencia. Considere usted el poder de la Iglesia Anglicana y de su hija predilecta,

(1) Doctor Benjamín Jowett (1817-1893): helenista y teólogo inglés. Ocupó varias cátedras en la Universidad de Oxford, pero, debido a sus opiniones heterodoxas, fue privado de una gran parte de los emolumentos correspondientes. (N. del T.)

(2) William George Ward (1812-1882): filósofo inglés y teólogo de la Iglesia Católica Apostólica Romana. Se ordenó como clérigo de la Iglesia Anglicana en 1840, pero abandonó ésta a los pocos años para entrar en la Romana, habiéndose distinguido después por su ultramontanismo y como partidario acérrimo de la infalibilidad pontificia. Otros distinguidos clérigos anglicanos que tomaron parte en el "Movimiento de Oxford" (véase la nota siguiente) y después abrazaron la fe romana fueron Juan Enrique Newman (1801-1890) y Enrique Eduardo Manning (1807-1892), quienes llegaron al cardenalato. Estas defecciones confirman lo que se dijo en la nota 1, en la página 43, respecto a la poca distancia que separa tanto a la Iglesia Anglicana como a la Protestante Episcopal de los Estados Unidos de América de la Católica Apostólica Romana. (N. del T.)

(3) "Movimiento de Oxford" o "Puseísmo": un sistema de teología anglicana, que casi llega a la ortodoxia de la Iglesia Romana, fundado por el Doctor Eduardo Pusey (1810-1882), profesor de la Universidad de Oxford, y varios de sus colegas. Debe advertirse que la mayoría de los catedráticos de las ultraaristocráticas universidades de Oxford y Cambridge son eclesiásticos. (N. del T.)

la Iglesia Protestante Episcopal de los Estados Unidos; considere el prestigio de que ambas gozan en la prensa y en la política, el dominio que ejercen sobre la literatura y las artes, sobre la educación y las inteligencias de la niñez, sobre las instituciones de beneficencia y las vidas de los pobres; considere todo esto, y diga entonces lo que significa para la sociedad el hecho de que, en cada nuevo problema que surge, esas organizaciones tan poderosas tienen que estar de parte de la reacción y de la falsedad. "Así fue al principio, es ahora, y será para siempre jamás", dice la fórmula de la Iglesia, y esto de por sí y a priori, necesariamente y por el carácter mismo del caso.

Hojee usted la historia y lea los hechos vituperables que demuestran la oposición de la Iglesia a todo progreso en todos los campos de la ciencia, aun en los más ajenos a cualquier interés teológico. Aquí tenemos al Reverendo Edward Massey, quien predicó en 1772 sobre "La Práctica Peligrosa y Pecaminosa de la Inoculación", declarando que con toda probabilidad las viruelas confluentes fueron el mal de Job; que era indudable que había sido inoculado por el diablo; que la Providencia envía las enfermedades en castigo de los pecados, y que el intento de prevenirlas que se proponía hacerse era "un acto diabólico". Aquí tenemos al clero escocés denunciando, a mediados del siglo XIX, el empleo del cloroformo en la obstetricia, porque así se procura "evitar una parte de la maldición secular lanzada contra la mujer". Aquí tenemos al Obispo Wilberforce (1) de Oxford anatematizando a Darwin (2): "El principio de la selección natural es absolutamente incompatible con la palabra de Dios; contradice lo que asienta la revelación acerca de la relación de todo lo creado para con su Creador; es incompatible con la plenitud de la

(1) Samuel Wilberforce (1805-1873): fue primero obispo de Oxford, y después de Winchester. (N. del T.)

(2) Charles Robert Darwin (1809-1882): célebre naturalista inglés; publicó en 1859 su famoso libro "Origen de las Especies por Vía de Selección Natural", obra que ha sido traducida a casi todos los idiomas del mundo, y que ha modificado esencialmente los horizontes de toda la antropología y aun de toda la biología moderna. (N. del T.)

58

gloria de Él; y es una manera afrentosa de ver la Naturaleza." Y el Obispo resolvió el problema preguntándole a Huxley (1) si descendía del mono por la línea materna o por la paterna.

Amigos del progreso, ¡piensen en lo que significa que se exalte a estas figuras eclesiásticas para que las reverencie el populacho, y que cada vez que la humanidad está para hacer un progreso en su poder sobre la Naturaleza, primero tienen que venir los gastadores del ejército del pensamiento con barras y grúas para desalojar del camino a semejantes figuras ridículas! ¡Y creen ustedes que las condiciones hayan cambiado hoy en día? ¡Consideren la sífilis y la gonorrea, enfermedades de las cuales sabemos tanto, pero para impedir cuya propagación no se nos permite hacer nada (2); consideren el control de la natalidad, aun por mencionar el cual se nos manda a la cárcel! ¡Consideren las reformas a las leyes de divorcio, por las cuales el mundo está clamando - pero que tiene que seguir esperando, porque se opone a ellas San Pablo! ¡Consideren que hasta ahora ha sido imposible persuadirle a la Iglesia Anglicana a permitirle a un hombre casarse con la hermana de su esposa finada! ¡Que cuando la Guerra sorprendió a Inglaterra, toda la Nación estaba ocupada en una disputa respecto al retiro del apoyo del Estado a la Iglesia de Gales! Sólo desde el año de 1888 le ha sido posible a un ateo ocupar una curul en el Parlamento; mientras que todavía hoy en día se procesa a los hombres por blasfemia y se les condena en virtud del precedente establecido por la sentencia de Lord Hale, al efecto de que "es un crimen negar la verdad de las doctrinas fundamentales de la religión cristiana o exponerlas al desprecio o al escarnio". En 1911, el Juez Horridge dijo en las sesiones del Tribunal del Distrito Oeste del Condado de York: "Un hombre no es libre para mofarse en

(1) Thomas Henry Huxley (1825-1895): biólogo inglés. Fue un entusiasta de la teoría de Darwin, según la cual el hombre desciende del mono. Escribió muchas sabias obras, casi todas las cuales han sido traducidas a varios idiomas. (N. del T.)

(2) En los países sajones, la hipocresía religiosa no permite que se autorice y reglamente la prostitución, y ésta se ejerce clandestinamente, causando grandes estragos. (N. del T.)

un lugar público de las cosas que se tienen por sagradas (1)."

El objeto de lo anterior, según lo esboza el Procurador de la Ciudad de Londres, es "mantener el 'standard' de la decencia exterior". Y encontrará usted que para que se procese al delincuente, es siempre esencial que la víctima sea una persona humilde y desamparada; nunca se da el caso de que sea un duque o un par. Relataré lo que le pasó a una de las víctimas humildes y desamparadas que violó el "'standard' británico de la decencia exterior", a saber, a un profesor de matemáticas llamado Holyoake, que se atrevió a disertar en un local público sobre la miseria que sufren las clases obreras del país. Un predicador le objetó que había tratado de "nuestro deber para con el prójimo", pero que había pasado por alto "nuestro deber para con Dios"; a lo que el conferencista contestó: "Nuestra Iglesia nacional y nuestras instituciones religiosas en general nos cuestan, según cálculos bien fundados, cerca de veinte millones de libras esterlinas al año. En vista de que el culto es tan costoso, apelo a vuestras inteligencias y a vuestros bolsillos para que me digáis si no somos demasiado pobres para poder permitirnos el lujo de tener un Dios. Mientras dure nuestra miseria, creo que sería acertado poner a la Divinidad a medio sueldo." ¡Y por haber expresado esa opinión, el infortunado profesor de matemáticas tuvo que cumplir una condena de seis meses en la cárcel general de Gloucester!

Cuando se estaba procesando a los hombres que publicaban el "Libre Pensador", el Primer Ministro de Inglaterra era William Ewart Gladstone (2). Y si usted desea saber lo que una Iglesia de Estado puede hacer para consagrar las obras aburridas de aquéllos que ocupan altos puestos, consígase un volumen de los escritos de este "Gran An-

(1) Son muy pocos los países que han logrado emanciparse de la tiranía de las castas sacerdotales. A veces, tal tiranía llega hasta los mayores extremos. Por ejemplo, en Austria, ese país ultracatólico, antes de la Guerra Mundial, hasta se aprehendía a todo aquél que no se descubría al pasar por delante de un templo; y ¡guay del infeliz que no se arrodillaba cuando pasaba por la calle alguna procesión! (N. del T.)

(2) William Ewart Gladstone (1809-1898): estadista, reformador y escritor inglés. Fue jefe del Partido Liberal, y ocupó tres veces el puesto de Primer Ministro. En los últimos años de su vida, sus admiradores le llamaban generalmente el "Gran Anciano". (N. del T.)

60

ciano" sobre cuestiones teológicas y religiosas. !Lea su obra "Juventus Mundi" ("Las Mocedades del Mundo"), en la cual establece una relación mística entre el tridente de Neptuno y la Trinidad cristiana! !Lea sus esfuerzos para comprobar que el autor del Libro del Génesis fue un geólogo inspirado! Dice: "Este autor del Libro del Génesis señala en la Naturaleza una grandiosa división cuádruple, exponiéndola en la sucesión ordenada de su creación: Primero, los seres que pueblan las aguas; segundo, los seres que pueblan el aire; tercero, los seres que pueblan la tierra; y, cuarto, la consumación en el hombre de los seres que pueblan la tierra. Y parece que la división y la sucesión así expuestas han sido confirmadas de tal manera, en nuestros tiempos, por las ciencias naturales, que pueden tomarse como una conclusión demostrada y un hecho establecido. Por consiguiente, tenemos que deducir que fueron de origen divino los conocimientos del autor del Libro del Génesis." Considere usted que lo anterior se publicó efectivamente en una de las principales revistas británicas, y que fue necesario que el Profesor Huxley contestara a ello, indicando que lejos de que "las ciencias naturales hayan confirmado en nuestros tiempos una división cuádruple y una sucesión ordenada" en la creación de los seres que pueblan, respectivamente, el agua, el aire y la tierra, muy al contrario, esa aseveración es "directamente opuesta a los hechos que le son conocidos a todo aquél que conozca los elementos de las ciencias naturales". La distribución de los fósiles prueba que los animales terrestres surgieron antes que los acuáticos, y que ha habido tan grande mezcla de los animales terrestres, acuáticos y del aire, que queda completamente destruída tanto la reputación del autor del Libro del Génesis como la de Gladstone como poseedores de conocimientos divinos de la geología.

El Preservativo de Gibson.

Tengo un amigo, un "erudito" bien conocido, que me permite hacer

61

uso de su gran biblioteca. Me encuentro en el centro de ésta, miro a mi alrededor, y veo, a través de las sombras opacas, las paredes cubiertas, desde el piso hasta el techo, de libros de aspecto decoroso y grave, la mayoría de ellos encuadernados en piel o tela negra, aunque la de muchos se está poniendo verde a consecuencia de los años. Hay efectivamente millares de estos libros, y su tema es la pseudociencia de la "teología". Con el objeto de que la prueba sea equitativa, cierro los ojos, me dirijo a los estantes, alargo la mano, y tomo un libro. Resulta ser una obra moderna: "Una Historia del Ritual de la Iglesia Anglicana en Relación con la Doctrina de la Eucaristía". Vuelvo las páginas, y descubro que se trata de un estudio de las variaciones de un detalle pequeñísimo de la doctrina de la Iglesia. Este teólogo erudito - que ha escrito muchas obras semejantes, según nos informan los anuncios - llena la mayor parte de sus páginas con notas tomadas de centenares de autoridades, con argumentos y contraargumentos sobre sutilezas sobrenaturales. Daré aquí un solo ejemplo de esas notas - suplicándole al lector que tenga paciencia:

"Agrego la siguiente observación valiosa del Deán Goode: ('Sobre la Eucaristía', Tomo II, página 757. Véase también la opinión del Arzobispo Ware citada en la obra 'El Preservativo', de Gibson, Tomo X, Capítulo II) 'Un punto importante por el cual han combatido nuestros teólogos, en oposición a los errores de la Iglesia Romana, ha consistido en la realidad de esa presencia del Cuerpo y de la Sangre de Cristo para el alma del creyente, que se efectúa mediante el Espíritu Santo, a pesar de la ausencia de ese Cuerpo y de esa Sangre en el Cielo. De igual manera que el Sol, el Cuerpo de Cristo está a la vez presente y ausente; presente, verdadera y efectivamente presente, en un sentido - es decir, por el hecho de que el alma queda puesta en comunión inmediata con Él - pero ausente en otro sentido - es decir, por lo que respecta a

la contigüidad de su substancia a nuestros cuerpos. Los autores a quienes estamos criticando, como, por ejemplo, los papistas, sostienen que ésta no es una Verdadera Presencia, y, asumiendo que su propia interpretación de la frase es la única verdadera, aprovechan para sus fines los testimonios de los teólogos que, aunque emplean la misma frase, la aplican en un sentido contrario al que le dan aquéllos. La ambigüedad de la frase, y su tergiversación por la Iglesia de Roma, han hecho que muchos de nuestros teólogos la rechacen, etc. (1)."

!Figúrese usted que la obra, de la cual se cita esta "observación valiosa", no consta de menos de dos tomos, y que el segundo de éstos no tiene menos de 757 páginas! !Figúrese que la obra "El Preservativo", de Gibson, se compone de no menos de diez tomos de semejantes faramallas! !Figúrese que en este siglo XX una proporción considerable de las energías mentales del mayor imperio del mundo está dedicada a la "erudición" de esa especie!

Consulto la portada del tomo, y encuentro que éste se publicó en 1910. Estuve en Inglaterra durante el año anterior, de manera que puedo decir cuál era la situación del pueblo inglés mientras que los impresores imprimían, los periódicos criticaban favorablemente, y las librerías distribuían esta obra de investigación eclesiástica. Anduve por el "Embankment" (2), y vi a los infelices lastimosos, - hombres, mujeres, y a veces hasta niños, - cubiertos de harapos inmundos, pálidos por la inanición, amoratados por el frío, empapados

(1) Todo esto tiene por objeto combatir la doctrina de la Transubstanciación, es decir, la de la conversión total del pan y del vino en el cuerpo y sangre de Jesucristo. No fue sino hasta en el año de 1049 que fue impuesta por el Papa León IX (1048-1054), habiendo sido confirmada en el año de 1215 por el Cuarto Concilio Laterano, celebrado durante el pontificado de Inocencio III (1198-1216). Hasta el antedicho año de 1049, dicha doctrina era considerada casi como una herejía, y fue combatida enérgicamente por todos los más ilustres doctores de la Iglesia, como San Agustín, San Ambrosio, San Cirilo, San Efrén, San Juan Crisóstomo, etc. A pesar de que las opiniones de estos doctores son ahora herejías, la Iglesia Romana no les ha quitado su calidad de santos. !Qué ejemplo tan bello de la infalibilidad pontificia! (N. del T.)

(2) "Embankment": uno de los grandes paseos construídos en las orillas del Támesis. (N. del T.)

por la lluvia del invierno, tiritando en el aire helado, sin hogar, desamparados, - no notados por los doctores en teología, y no conservados por "El Preservativo" de Gibson. Anduve por "Hampstead Heath" (1) el lunes de pascua, cuando los habitantes de los barrios bajos salen a disfrutar de uno de los pocos días de fiesta que tienen en el año; al andar, materialmente temblaba de horror, porque nunca había contemplado cosas semejantes, ni siquiera había soñado en ellas. Apenas podía reconocerse que esos eran seres humanos; parecían pertenecer a alguna raza de monos nueva y grotesca. No podían andar, sólo podían arrastrarse; no podían reírse, sólo podían hacer muecas. Comenzó a tocar un organillo, y tuve que alejarme - era imposible contemplar las cosas que hacían en sus esfuerzos por bailar. Después salí al hermoso campo inglés; damas cultas y encantadoras me llevaron en sus automóviles raudos y muelles, y vi los tugurios miserables y a los habitantes degenerados por el alcohol y envenenados por el exceso de féculas en su alimentación - ¡por todas partes había una población infeliz, aun en el campo! Cuando se me acercaron los repórters de los periódicos, dije que acababa de llegar de Alemania, y que si alguna vez Inglaterra se encontrara en guerra con ese país, sentiría haber permitido que se hubiesen podrido los cuerpos y las inteligencias de su pueblo; por la cual opinión incurrí en las críticas severas de un teólogo británico.

Los cuerpos - y las inteligencias; la podredumbre de éstas es la causa de la de aquéllos. En toda Inglaterra, en ese año de 1910, en millares de escuelas, tanto en las para los ricos como en las para los pobres, así como en los más importantes centros del saber, hombres como el Deán Goode les enseñaban a los jóvenes lenguas muertas, ciencias muertas, y artes muertas; los lanzaban a la vida sin mayor concepto del mundo moderno que el que podría tener un monje de la Edad Media; los lanzaban a la vida con las inteligencias endurecidas y hechas inflexibles, ignorantes de la ciencia, indiferentes al pro-

(1) "Hampstead Heath": lugar de recreo popular situado en la parte noroeste de Londres; tiene una extensión de 240 acres; en los días de fiesta concurren a él más de 100,000 personas. (N. del T.)

greso, y desdeñosas de las ideas. Y después, repentinamente, casi de la noche a la mañana, este pueblo aterrado se encuentra en guerra con una nación gobernada y disciplinada por expertos, hombres de ciencia y técnicos modernos. Todavía no se ha dado a luz la historia de la terrible confusión en que se encontró Inglaterra durante los primeros dos años de la guerra; pero le es conocida a muchos, y algún día se escribirá y publicará, y acabará para siempre con el prestigio de la casta gobernante británica. Se envió precipitadamente una expedición a Galípolis, ¡pero se le olvidó a alguien cuidar de la calidad de la provisión de agua, y en un mismo tiempo hubo hasta noventa y cinco mil casos de disenteria!

Le dicen a usted que "siempre salen avantes a fuerza de sus errores"; éste es el lema de su casta gobernante. Pero en esta ocasión no "salieron avantes a fuerza de sus errores" - tuvieron que recurrir a los Estados Unidos en busca de ayuda. Mientras escribo esto, nuestro Congreso está votando muchos millares de millones de dólares, y está sacando de sus hogares a un millón de nuestros jóvenes - porque en 1910 la inteligencia de Inglaterra estaba ocupada con la obra "Sobre la Eucaristía", del Deán Goode, y con los diez tomos de "El Preservativo" de Gibson.

Los Ancianos.

Lo que la Iglesia significa en los negocios humanos es el gobierno de los ancianos. Significa que los ancianos ocupan los puestos de autoridad, no tan sólo en la Iglesia, sino también en los tribunales y en el Parlamento, y aun en el ejército y en la marina. Para comprobar esto, consulto en el Almanaque de Whitaker la lista de los obispos de la Iglesia Anglicana; parece que hay cuarenta de estos funcionarios, inclusión hecha de los arzobispos, pero no de los obispos auxiliares; y que los sueldos que se les pagan ascienden a un total de más de novecientos mil dólares al año. Debe entenderse que

esta cantidad no incluye los sueldos de sus ayudantes, ni el costo del sostenimiento de sus establecimientos religiosos; no incluye las rentas particulares que ellos o sus esposas tengan, como miembros de las clases privilegiadas del Imperio. Consulto sus edades en "Who's Who" (1), y encuentro que sólo uno de ellos tiene menos de cincuenta y tres años; que el más viejo tiene noventa y uno, mientras que el promedio de las edades de estos santos varones es de setenta años. Ha habido hombres en la historia que han conservado la flexibilidad de su inteligencia, así como la capacidad para ajustarse a las circunstancias nuevas, a la edad de setenta años, pero siempre se encontrará que estos hombres fueron instruídos en las ciencias y en los negocios prácticos, nunca en las lenguas muertas y en la teología. El Arzobispo de Canterbury (2), uno de los más ancianos de los prelados ingleses, le dijo recientemente al repórter de un periódico que trabajaba diez y siete horas diarias, y que no tenía tiempo para formar una opinión respecto al problema del Trabajo.

Y ahora - he aquí el punto principal del argumento - ¿gobiernan estos caballeros ancianos en virtud de su propio poder? ¡No! En efecto, no hacen nada en virtud de su propio poder; no podrían hacer sus propias vestiduras episcopales, ni siquiera podrían cocinar sus propias comidas episcopales. Necesitan ser apoyados en todas sus idas y venidas. ¿Quién los apoya, y con qué objeto?

Las raíces de la Iglesia Anglicana se encuentran en el sistema inglés de la propiedad, el cual es una de las infamias del mundo moderno. Se remonta a los tiempos de Guillermo el Normando (3), quien se apoderó de Inglaterra por medio de su espada, y, con el fin de conservar la posesión de ella para sí y para sus herederos, repartió

(1) "Who's Who" (literalmente: "Quién es Quién"): directorio de la aristocracia y de las personas notables en la política, etc. (N. del T.)

(2) Arzobispo de Canterbury: es el Primado de la Iglesia Anglicana; reside en el Palacio Lambeth, en Londres, y disfruta del modesto sueldo de 15,000 libras esterlinas (alrededor de 150,000 pesos mexicanos) al año. ¡Buen ejemplo de la pobreza evangélica! (N. del T.)

(3) Guillermo I, el Conquistador (1027-1087): duque de Normandía y rey de Inglaterra. A la muerte de Eduardo el Confesor en 1066, (Esta nota continúa en la hoja siguiente.)

66

las tierras entre sus nobles y sus prelados. Debe usted saber que en aquellos tiempos un alto eclesiástico era un hombre de guerra, que no se humillaba para ocultar su carácter rapaz bajo el disfraz de la filantropía; los abades y los arzobispos de Guillermo vestían armadura, y tenían sus mesnadas de caballeros, de la misma manera que los barones y los duques. Guillermo les dió enormes extensiones de tierras, y al mismo tiempo les daba órdenes, las que ellos obedecían. El cronista inglés dice: "Era severo. Despojaba a los obispos de sus obispados, a los abades de sus abadías." Green nos dice (1) que "se hacía estrictamente efectiva la dependencia de la Iglesia del poder real. Se les exigía pleito homenaje a los obispos, de la misma manera que a los barones". ¿Y en qué consistía este pleito homenaje? El obispo se arrodillaba ante Guillermo, con la cabeza descubierta, sin armas, y juraba: "Oídmе Señor mío, me hago vasallo vuestro; sacrificaré por Vos la vida, la salud de mi cuerpo y mi bienestar terrenal; Os guardaré fe y lealtad durante toda mi vida, hasta mi muerte, para lo cual Dios me ayude."

La Iglesia ha continuado poseyendo las tierras que obtuvo de Guillermo el Normando, y siempre bajo la misma condición - la de que será "vasallo, que sacrificará su vida, la salud de su cuerpo y su bienestar terrenal". En esto tiene usted toda la historia de la Iglesia de Inglaterra, tanto en el siglo XX como en el siglo XI. El equilibrio del poder ha cambiado de tiempo en tiempo; las familias antiguas han perdido la tierra y las nuevas se han apoderado de ella; pero la tierra ha seguido gozando de la lealtad y del pleito homenaje de la Iglesia, de la misma manera que una masa de metal atrae la aguja de la brújula. Hará unos doscientos cincuenta años,

Guillermo sostuvo que éste le había legado el reino de Inglaterra, pretensión en la que fue apoyado por la Iglesia; invadió Inglaterra con un ejército de 60,000 hombres, venció en la batalla de Hastings al sajón Haroldo, que acababa de apoderarse de la corona, y se hizo coronar en Londres. Se hizo dueño del suelo, y repartió grandes propiedades a los jefes de su ejército y a algunos señores anglosajones, a cambio de homenaje y servicio militar. De este modo se estableció en Inglaterra el feudalismo, ciertos aspectos del cual aun perduran. (N. del T.)

(1) "Historia del Pueblo Inglés", John Richard Green (1837-1883). (N. del T.)

una canción popular expresaba la impresión general:

"Pues ésta es la ley, Señor,
La que sostendré hasta el día de mi muerte:
Que quienquiera que sea el rey que reine,
Siempre seré el vicario de Bray,
!Sí lo seré, Señor!"

En consecuencia, por dondequiera que tome usted al clero anglicano, encontrará que sus miembros son "Tories" (1) y realistas, conservadores y reaccionarios, amigos de todas las injusticias que benefician a la clase propietaria. Y encontrará que siempre están intrigando y riñendo entre sí por el reparto del botín; siempre los encontrará disfrutando de ocio y de comodidades, mientras que el pueblo sufre y los rebeldes se quejan. Puede recorrerse la historia inglesa y comprobarse esta aseveración con las palabras de los ingleses de cada una de las generaciones habidas. Tomemos el siglo XIV; en el "Buen Parlamento" (2) se declara que:

"Se nombran pícaros indignos e indoctos para ocupar beneficios que producen mil marcos, mientras que los pobres y doctos apenas logran conseguir uno que les produzca veinte. Dios les encomendó las ovejas para que fueran pastoreadas, y no para que fueran esquiladas y despojadas."

Y unos cuantos años después, viene "Piers Plowman" (3), el poeta del pueblo:

"Pero ahora, la Religión es un caballero que callejea, que se distingue más en las lides del amor, que se dedica a comprar tierras; va en su palafrén de una casa señorial a

(1) "Tories": nombre que se dió en Inglaterra a los partidarios de Carlos II (reinó de 1660 a 1685), los cuales formaron un partido político que defiende las prerrogativas reales y los principios conservadores. (N. del T.)

(2) "El Buen Parlamento"; el Parlamento inglés del año de 1376; este Parlamento fue famoso por haber intentado efectuar ciertas reformas políticas; procesó a Alice Perrers, una de las queridas del rey Eduardo III, así como a los pares Latimer y Neville. (N. del T.)

(3) "Piers Plowman" ("Piers el Labrador"): el personaje principal de un poema del siglo XIV que satiriza la corrupción de la sociedad y del clero. Este poema se atribuye generalmente a William Langland (1130-1400?). (N. del T.)

otra, seguido de una jauría, como si fuese un gran señor; y si su criado no dobla la rodilla al presentarle la copa de vino, le mira con ceño, preguntándole quién le enseñó las reglas de la cortesía. Mal han hecho los señores en donar las tierras de sus herederos a las órdenes religiosas tan carentes de piedad; el dinero cae a torrentes sobre los altares de estos pícaros. Los eclesiásticos que viven rodeados de tantas comodidades no se apiadan de los pobres; tal es su "caridad". Os conducís como grandes señores; vuestras tierras son demasiado extensas; pero, según nos dice la Biblia, vendrá un rey que os confesará y azotará a todos, por haber quebrantado vuestras reglas."

Damos otro paso en la historia, y encontramos a principios del siglo XVI a Simon Fish (1), quien se dirige al rey Enrique VIII (2), en su "Petición a Favor de los Mendigos", quejándose de los "frailes hipócritas, fuertes, poderosos y ociosos", que "han aumentado a vuestra propia vista, no tan sólo hasta llegar a un gran número, sino también hasta constituir un verdadero reino". Sigue diciendo:

"Han mendigado con tanta importunidad que han acaparado en sus manos más de la tercera parte de todo vuestro reino. Son de ellos los mejores señoríos, fincas campestres, tierras y territorios. Además de esto, reciben la décima parte de todo el trigo, heno, forraje, pasto y lana, así como de todos los potros, terneras, corderos, cerdos, gansos y

(1) Simon Fish: uno de los muchos folletistas que criticaron enérgicamente la corrupción del clero. (N. del T.)

(2) Enrique VIII (1491-1547): subió al trono en 1509, de manera que reinó 38 años. Casó seis veces: (1) con Catalina de Aragón, de la que se divorció; (2) con Ana Bolena, a la que mandó decapitar; (3) con Juana Seymour, la que murió en 1540; (4) con Ana de Cleves, a la que también divorció; (5) con Catalina Howard, la que pereció como Ana Bolena; y (6) con Catalina Parr, la que le sobrevivió. Fue bastante buen teólogo, y en 1521 escribió un libro contra Lutero, defendiendo los siete sacramentos, que le ganó, por ironía de la suerte, el título papal de "Defensor de la Fe", que los soberanos ingleses siguen llevando hasta hoy en día. El rompimiento de Enrique VIII con el Papa se debió a que éste se negó a pronunciar la anulación que aquél le solicitaba de su matrimonio con Catalina de Aragón. En 1535, el Parlamento lo declaró Jefe Supremo de la Iglesia de Inglaterra. Se calcula que fueron 3,000 los monasterios y conventos que suprimió, confiscándoles todos sus bienes. (N. del T.)

69

pollos. Y vigilan tan estrechamente estos diezmos, que a la pobre mujer que no les entrega cada décimo huevo no se le permite cumplir con la Iglesia en la Pascua florida, para que así se le pueda castigar como hereje.... ¡Es de extrañarse que vuestro pueblo se queje tanto de su pobreza? Ni el turco mismo jamás podría conquistar tan gran parte de la cristiandad.... ¡Y qué es lo que hacen estos santos ladrones, rapaces, fuertes y ociosos? Son los que han hecho que haya en vuestro reino cien mil putas. Son los que pescan el gálico de una mujer y se lo pegan a otra (1)."

El peticionario prosigue, diciendo cómo seducen a las esposas y se roban al mismo tiempo todos los bienes de los maridos, y que si alguno de éstos se atreve a protestar, lo declaran hereje, "de manera que quisiera no haber protestado". También aceptan grandes fortunas en pago de misas, y después no las dicen. "Si el Abad de Westminster (2) hiciera que se cantaran diariamente tantas misas pa-

(1) No nos ha parecido conveniente atenuar el lenguaje crudo y pintoresco del original recurriendo a eufemismos. Fue tal la corrupción del clero, que el Papa Pío II (1456-1464) se vió obligado a expedir una bula prohibiéndoles a los sacerdotes tener tabernas, casas de juego y burdeles. Sin embargo, todavía en nuestros tiempos hay clérigos que se dedican a la explotación de semejantes establecimientos. Podría escribirse una obra extensísima intitulada "La Iglesia y la Prostitución". Citaremos solamente uno que otro dato que podría formar parte de tal historia. En la Edad Media, la Santa Iglesia Católica Apostólica Romana no hacía ninguna distinción entre los méritos de los santos y los de las prostitutas de Roma. Honraba a ambos de la misma manera, ensalzando los méritos carnales de éstas en casi los mismos términos que se empleaban para ensalzar los méritos espirituales de aquéllos. Así, cuando una famosa cortesana romana murió en 1511, a la edad prematura de veintiséis años, se le hicieron unos funerales suntuosos, habiéndosele enterrado en la capilla de Santa Gregoria. Sobre su sepultura se levantó un espléndido monumento, con la siguiente inscripción: "Imperia, cortesana romana, que, digna del gran renombre que alcanzó, fue un ejemplar de peregrina belleza entre los mortales." Durante el pontificado de Sixto IV (1471-1484), los impuestos pagados por las prostitutas de Roma hacían entrar en las arcas pontificias cerca de 20,000 ducados anuales, cantidad cuyo poder adquisitivo era igual al de 100,000 pesos mexicanos en nuestros días, y que bastaba para satisfacer algunos de los pequeños lujos del Vicario de Jesucristo. (N. del T.)

(2) Abadía de Westminster: todos los reyes de Inglaterra, desde Guillermo I, el Conquistador, se han coronado en esta famosa abadía, situada en la municipalidad del mismo nombre, que forma parte de Londres. Dicha municipalidad tiene más de 180,000 habitantes; además de la abadía, se encuentran en ella el Palacio del Parlamento, las oficinas del Gobierno, el Palacio Saint James y el Palacio Buckingham. (N. del T.)

ra los fundadores como éstos han estipulado en sus legados, no alcanzarían para ello ni mil frailes." El peticionario sugiere que el Rey "¡mande amarrar a estos santos ladrones ociosos a las traseras de los carros, y haga que se les lleve por todas las poblaciones y se les azote en la carne viva, hasta que quieran ponerse a trabajar!"

La Historia Eclesiástica.

El rey Enrique no siguió precisamente esta sugestión, pero sí les quitó sus bienes a las órdenes religiosas para poder cubrir los enormes gastos que hacía en sus muchas esposas y queridas, y le obligó al clero de Inglaterra a que renunciara a su obediencia al Papa y a que constituyera a su propia persona real en su jefe espiritual (1). Éste fue el comienzo de la Iglesia Anglicana, tal como se distingue de la católica; un comienzo del cual el clero anglicano no puede enorgullecerse tanto como quisiera. Cuando yo era muchacho, me enseñaron lo que llamaban "Historia Eclesiástica", y, al llegar a Enrique VIII, empleaban a éste como un ejemplo del hecho de que algunas veces el Señor suele valerse de hombres malos para realizar sus propósitos justos. No explicaron por qué el Señor había de hacer esta cosa que nos confunde tanto, ni tampoco cómo se había de saber, al ver a un adúltero y asesino cometer algún acto, si éste era la voluntad del Señor o la de Satanás; tampoco entraron en detalles respecto a los motivos que el Señor se había tomado la molestia de exponer para inducir a su agente real a que fundara la Iglesia Anglicana. Para estos detalles, hay que consultar a otro grupo de autoridades - a las víctimas del despojo.

Cuando cursaba mis estudios preparatorios, mi profesor de latín era un caballero de espeso bigote castaño y de voz atronadora, de la que fui a menudo el objeto - porque aun en los días de mi juventud

(1) En 1535. Véase la Nota (2), en la página 64. (N. del T.)

tenía la costumbre de persistir en hacer preguntas embarazosas. Este profesor era un católico devoto, y ni siquiera al tratar de los antiguos romanos podía refrenar sus impulsos propagandistas. Después, llegó a ser redactor de la "Enciclopedia Católica", y ahora, cuando hojeo ésta, se me figura ver el espeso bigote castaño, y oír la voz atronadora: "Señor Sinclair, ¡es así porque le digo que así es!"

Investigo, y encuentro que mi ex profesor sabe todo lo relativo al rey Enrique VIII y a los motivos que tuvo para fundar la Iglesia Anglicana; está preparado con una "interpretación económica", ¡tan completa como la que pudiera desear el más rabioso hurgador e investigador de los escándalos! Parece que el Rey deseaba tomar una nueva esposa (1), y pidió que el Papa le diera el permiso necesario; en sus esfuerzos para intimidar al Papa a que faltara de tal manera a su deber, el rey Enrique amenazó con retirar las "anatas" (2) y los "dineros de San Pedro". Más adelante, le obligó al clero a declarar que el Papa "no era más que un obispo extranjero" (3), y con el

(1) Enrique VIII se había casado con Catalina de Aragón, viuda de su hermano Arturo que murió en 1502, a pesar de que el Papa Julio II (1504-1513) y el Arzobispo de Canterbury, William Warham, expresaron dudas respecto a la validez de semejante matrimonio. El hecho de que Catalina no pudo darle un heredero al trono fue lo que hizo revivir los escrúpulos teológicos que siempre había habido acerca de dicho matrimonio. Al principio, el Papa Clemente VII (1523-1534) se manifestó dispuesto a concederle el divorcio a Enrique, pero en 1529 se vió obligado a someterse al yugo de Carlos V. Esto le hizo rechazar la demanda de Enrique, no porque hubieran desaparecido las dudas teológicas respecto a la validez del matrimonio de Enrique con la ciuda de su hermano, sino porque temía ofender al Emperador, puesto que, de concederse el divorcio, quedaría desheredada María, la hija que Enrique tuvo en Catalina de Aragón, y prima de aquél. Aunque Enrique, una vez separada la Iglesia de Inglaterra de Roma, se divorció, María llegó a ocupar el trono inglés (de 1553 a 1558), después del también breve reinado de Eduardo VI (de 1537 a 1553), hijo que tuvo Enrique en Juana Seymour. María I restableció el catolicismo en Inglaterra, y se señaló tanto por sus persecuciones contra los protestantes, que fue llamada "la Sanguinaria". La gran reina Isabel (que reinó 45 años, de 1558 a 1603), hija que tuvo Enrique VIII en Ana Bolena, y que sucedió a María I, volvió a establecer la Reforma y la Supremacía del Soberano sobre la Iglesia de Inglaterra. Debe advertirse que la denominación oficial de la Iglesia Anglicana es la "Iglesia de Inglaterra". (N. del T.)

(2) "Anata": derecho que los clérigos le pagaban al Papa al ocupar cualquier beneficio eclesiástico, y que era el valor de éste en el primer año de su disfrute. (N. del T.)

(3)"no era más que un obispo extranjero". Eran enormes
(Esta nota continúa en la hoja siguiente.)

objeto de "extirpar todas las manifestaciones abiertas de descontento, inició un verdadero reinado de terror".

En las historias anglicanas, le aseguran a usted que todo esto fue una obra de reforma religiosa, y que, después de haberse realizado ésta, la Iglesia quedó convertida en el vehículo puro de la gracia de Dios. Ya no había "santos ladrones y ociosos" que poseyeran las tierras de Inglaterra y robaran a los pobres. Pero procure usted conocer al clero y ver el interior de las cosas, y encontrará clérigos como el Arzobispo de Cashell (1), quien escribió a uno de sus íntimos amigos:

"Llego a la conclusión de que un buen obispo no tiene que hacer otra cosa que comer, beber, engordar, enriquecerse y morir; y me propongo seguir este ejemplo loable durante el resto de mis días."

Si usted me dice que esto puede haber sido una chanza casual, oiga lo que dice Thackeray (2) acerca del siglo XVIII, un período que conocía mejor que ningún otro escritor:

"Leo que Lady Yarmouth (la religiosísima y graciosísima favorita del Rey) le vendió un obispado a un clérigo por cinco mil libras esterlinas. (Lo hizo apostándole las cinco mil libras a que no le harían obispo; por su-

las cantidades de dinero que los papas sacaban de Inglaterra. Por ejemplo, durante el reinado de Enrique III (que ocupó el trono durante 56 años, de 1216 a 1272), cuando el Papa Inocencio IV (1243-1254) pidió provisión para trescientos clérigos italianos que habían de incorporarse a la Iglesia de Inglaterra, y uno de sus sobrinos, un niño de pocos años (a), obtuvo una prebenda en la catedral de Lincoln, se vió que la suma que cobraban anualmente los eclesiásticos extranjeros en Inglaterra era el triple de la que ingresaba en las arcas del rey. Por supuesto, una gran parte de esa enorme suma era enviada a Roma. (N. del T.)

(a) Era muy común que los papas confirieran los beneficios más productivos a sus hijos bastardos o a sus sobrinos más o menos auténticos, así como a los de los grandes prelados. Por ejemplo, León X (1513-1521) fue hecho cardenal a los trece años por Inocencio VIII (1484-1492). De la misma manera, César Borgia, hijo del Cardenal Rodrigo Lenzuoli Borgia (que, con el nombre de Alejandro VI, ocupó el solio pontificio de 1492 a 1503), ya disfrutaba de varios beneficios a la edad de siete años. (N. del T.)

(1) Cashell: ciudad del condado de Tipperary, Irlanda. (N. del T.)

(2) William Makepeace Thackeray (1811-1863): famoso novelista inglés. (N. del T.)

puesto, él perdió la apuesta, y se la pagó.) ¿Fue él el único prelado de su época que fue conducido a su consagración por manos semejantes? Al asomarme al Palacio de Saint James en la época de Jorge II (1), veo una multitud de sotanas que suben en tropel las escaleras excusadas destinadas para las damas de la Corte; a clérigos astutos que ponen furtivamente bolsas de dinero en los regazos de éstas; a ese viejo rey impío bostezando bajo su dosel en la Capilla Real, en tanto que el capellán predica ante él. ¿Predica acerca de qué? - ¿acerca de la rectitud y del juicio final? Mientras que el capellán predica, el Rey parlotea en alemán (2), casi en voz tan alta como la del predicador; en voz tan alta que el clérigo hasta prorrumpe en llanto en el púlpito, ¡porque el "Defensor de la Fe" (3) y el dispensador de obispados no lo quiere escuchar!"

Tierras y Beneficios.

¿Y cómo están las cosas en este siglo XX? ¿Han mejorado mucho las condiciones? Hay ingleses ilustres que creen que no han mejorado. Cito a Robert Buchanan (4), un poeta que habló por el pueblo, y que, por lo tanto, aun no ha sido reconocido por los críticos ingleses. Escribe de la "Nueva Roma", con lo cual quiere decir la Inglaterra de hoy:

"!Los dioses han muerto, pero, en su nombre, se sigue

(1) Jorge II (1683-1760); subió al trono de Inglaterra en 1727. (N. del T.)

(2) "... , el Rey parlotea en alemán,....": este idioma era el que usaban en la intimidad todos los soberanos ingleses de la dinastía de Hannover. Jorge I (reinó de 1714 a 1727), primer soberano de esta dinastía y padre de Jorge II, nunca llegó a aprender el idioma inglés. Aun la reina Victoria y el rey Eduardo VII lo hablaban con un ligero acento alemán. (N. del T.)

(3) Véase la Nota (2), en la página 64.

(4) Robert Buchanan (1841-1901): poeta y novelista. Sus dos últimos poemas ("El Paria" y "El Judío Errante") son críticas de ciertos aspectos del cristianismo. (N. del T.)

vendiendo a la humanidad a la vergüenza, mientras que (lo mismo que antaño) el sacerdote con sus vestiduras cubiertas de oropel se sienta al festín con los ladrones, bendice la mesa recargada de manjares y manchada de sangre, teje guirnaldas para adornar la espada del carnicero, y vierte a torrentes (lo mismo que antaño) la sangre sacramental de los hombres!"

Como usted ve, subsiste en Inglaterra el tradicional sistema de la propiedad - y los cambios que han ocurrido sólo lo han empeorado. Guillermo el Conquistador quiso tener contentos a los aldeanos sajones, así es que les dejó sus "ejidos"; pero en el siglo XVIII casi todos éstos les fueron robados. Hemos visto hacerse la misma cosa en México durante la última generación, y por el mismo motivo - a saber, que el desarrollo del capitalismo requiere trabajadores baratos, mientras que la gente que tiene acceso a la tierra rehusa someterse a la esclavitud de las fábricas y de las minas. En Inglaterra, desde la época de Guillermo y María (1) hasta la de la reina Ana (2), los Parlamentos integrados por los terratenientes aprobaron cuatro mil leyes distintas, mediante las cuales le fueron robados al pueblo más de siete millones de acres de ejidos. Se ha calculado que estos acres podrían haber sostenido a un millón de familias; mientras que desde aquel tiempo Inglaterra siempre ha tenido que mantener a un millón de personas absolutamente indigentes.

Una vieja canción dice lo siguiente a este respecto:

"¿Por qué se ha de perseguir al hombre o a la mujer que se roba un ganso del ejido, mientras que se deja en libertad al felón mucho más grande que le roba todo el ejido al ganso?"

(1) Guillermo III (1650-1702) y María II (1662-1694): en 1689, cuando abdicó Jacobo II, que había intentado restablecer el catolicismo y la monarquía absoluta, Guillermo fue declarado rey de Inglaterra, juntamente con su esposa la reina María, pero quedando él investido de todo el poder ejecutivo. La reina María murió de viruelas en 1694. (N. del T.)

(2) Ana de Inglaterra (1664-1714): casó en 1683 con Jorge, hermano de Cristián V, rey de Dinamarca; subió al trono en 1702. (N. del T.)

En nuestros días, la aristocracia de los terratenientes y propietarios está arraigada en el suelo británico tan firmemente como el roble tradicional; algunos son descendientes directos de los normandos, otros son los descendientes ilustres o de las queridas de los reyes o de los proxenetas de la Corte que se enriquecieron en las épocas de los Tudors (1) y de los Estuardos (2) tan corrompidos. Siete personas poseen prácticamente todo el terreno en que se hallan la ciudad y el condado de Londres, cuyos siete millones de habitantes les pagan tributo. Estas propiedades están constituidas en mayorazgos - es decir, se transmiten automáticamente del padre al hijo mayor; no puede usted comprar ningún terreno, pero si quiere construir, el propietario se lo arrienda, y, a la expiración del contrato de arrendamiento respectivo (3), toma posesión de los edificios contruídos por usted. El tributo que Londres paga de esta manera es de más de cien millones de dólares anuales. Es tan absoluto el derecho del terrateniente o propietario, que puede demandar al aviador que haga pasar un aeroplano por encima de su propiedad; les impone a los pescadores un tributo sobre toda la pesca hecha hasta a muchos centenares de yardas de las riberas de ella.

Naturalmente, la Iglesia tiene su parte en esta explotación inícuca. Cada iglesia posee bienes raíces - no tan sólo el terreno en que está contruída, sino también granjas y propiedades urbanas, de las cuales obtiene rentas crecidas. Cada catedral posee grandes extensiones de tierras; y también las poseen las escuelas y las universidades en las cuales se educan los clérigos. Las rentas de las propiedades de una iglesia constituyen lo que se llama un "beneficio": estos beneficios, los que varían en su importancia, les corresponden por privilegio a los segundones de las familias de la casta gobernante, y se intriga y se lucha por apoderarse de ellos, precisamente de

(1) Los Tudors: éstos ocuparon el trono de Inglaterra de 1485 a 1603, es decir, durante 118 años. (N. del T.)

(2) Los Estuardos: éstos ocuparon el trono de Inglaterra de 1603 a 1714, es decir, durante 111 años. (N. del T.)

(3) Estos contratos de arrendamiento se hacen generalmente por 99 años. (N. del T.)

la misma manera que se hacía en el siglo XVIII, la cual ha sido tan bien descrita por Thackeray.

Los grandes terratenientes son los dispensadores de cerca de seis mil de estos "beneficios"; hay un solo noble Lord que es el dispensador de cincuenta y seis de estas "gollerías"; y huelga decir que nunca las concede a los clérigos que están a favor de que se establezca un sistema radical de impuestos sobre tierras. Las da a hombres que se parecen a él mismo - siendo él un autócrata para con los pobres, benigno para con los miembros de su propia clase, y cínico por lo que respecta a la explotación de la Religión.

En una aldea inglesa que visité, el beneficio producía setecientas libras anuales, e incluía, además, una residencia bellísima; como el beneficiado tenía una familia numerosa, ocupaba dicha residencia. En otro lugar, el beneficio producía mil libras anuales, y el beneficiado había contratado a un clérigo ayudante ("curate"), y él mismo sólo se presentaba dos veces al año, a saber, en el día de Navidad y en el cumpleaños del Rey, para predicar un sermón, pasándose el resto del tiempo en París. Vale la pena advertir que en 1808 se presentó un proyecto de ley que tenía por objeto obligarles a los "pluralistas" - es decir, a los clérigos que disfrutaban de más de un beneficio - a contratar a sus expensas clérigos ayudantes que desempeñasen el trabajo de ellos; es interesante notar que este proyecto de ley tropezó con la oposición vigorosísima de la clerecía, habiendo sido rechazado unánimemente por la Cámara de los Obispos (1). Así es que nos es fácil comprender la aseveración mordaz de Karl Marx, al efecto de que el clero anglicano preferiría deshacerse de treinta y ocho de los treinta y nueve artículos de su fe a deshacerse de la trigésima novena parte de sus rentas.

(1) Cámara de los Obispos: ésta, que es una cámara superior, junto con otra inferior, integrada por los arcedianos, deanes y los representantes elegidos por la masa del clero, forma una especie de Congreso de la Iglesia Anglicana, análogo en muchos respectos al Parlamento, celebrando sus sesiones al mismo tiempo que éste. Además, los dos arzobispos (el de Canterbury, llamado el Primado de Toda Inglaterra, y el de York, llamado el Primado de Inglaterra), así como veinticuatro de los obispos, son miembros ex officio de la Cámara de los Pares. (N. del T.)

Siempre hay en Inglaterra una provisión abundante de clérigos ayudantes ("curates"). Son hijos de las familias menos influyentes de la casta gobernante, así como de la clerecía; han sido educados en la Universidad de Oxford o en la de Cambridge, y poseen la cualidad más esencial, la de ser "caballeros". El sueldo medio de que disfrutaban es de doscientas cincuenta libras al año; comprendí las funciones que desempeñan en la sociedad cuando concurrí a mi primer te en Inglaterra. Había una mesita de mimbre, como de un pie y medio cuadrado, la que tenía tres divisiones, una debajo de la otra - en la división más alta estaban la vajilla y las servilletas, en la siguiente, los molletes, y en la más baja, los pasteles. La señora de la casa se dirigió a mí diciendo: "¿Quiere usted hacerme el favor de pasarme al clérigo ayudante?" Quedé perplejo, a lo cual me señaló la mesita y dijo: "La llamemos el 'clérigo ayudante', porque desempeña el trabajo de un clérigo ayudante (1)."

El Derecho de Explotación Constituido en Mayorazgo.

Por ser uno de los hurgadores e investigadores de la corrupción y explotación que existen en los Estados Unidos, encontré que tenía mucha popularidad entre las clases gobernantes británicas; encontraron que mis libros les eran útiles para sus campañas contra la democracia, pero se sorprendieron y quedaron desconcertados cuando descubrieron que yo no estaba de acuerdo con su interpretación de mis escritos. Había descrito la corrupción de la política americana; ¡indudablemente debía saber que no existían males semejantes en Inglaterra! Les expliqué que no tenían necesidad de ellos; su explotación, para usar su propia frase legal de ellos, estaba "constituída en mayorazgo"; los explotadores poseían, como por derecho divino, las co-

(1) Estos clérigos ayudantes ("curates") desempeñan un triste papel en la sociedad. En las reuniones, especialmente en las del bello sexo, estos maricas sirven el te, pasan los pasteles, etc. También suelen ser el último recurso de las solteronas que no encuentran otra salida. (N. del T.)

sas que en los Estados Unidos se tenían que comprar. Por ejemplo, en los Estados Unidos teníamos un Senado, es decir, un "Club de Millonarios", para ser admitido al cual había que pagar dinero en efectivo; pero en Inglaterra se llegaba a la misma posición por herencia. La corrupción política no es un fin de por sí, es solamente un medio para llegar a la explotación; y la explotación es aun mayor en Inglaterra que en los Estados Unidos. Cuando expliqué esto, desapareció rápidamente mi popularidad entre las clases gobernantes británicas.

Efectivamente, Inglaterra se parece a los Estados Unidos mucho más de lo que ella cree; su reserva británica la ha conservado ignorante respecto a sí misma. No pude proseguir mi labor en Inglaterra, debido a las leyes relativas a la difamación, las cuales se fundan en el siguiente primer principio: "Cuanto mayor la verdad, tanto mayor la difamación." Los ingleses leen con gusto lo que escribo acerca de los Estados Unidos; pero si, durante mi estancia entre ellos, hubiera dirigido mi atención a su propio país, me habrían enviado a la cárcel, como hicieron con Frank Harris (1). La verdad es que los nuevos ricos de Inglaterra, es decir, los magnates del carbón y del hierro, de las empresas de navegación, y de la cerveza, han logrado entrar en la aristocracia de los terratenientes a fuerza de dinero, de la misma manera que nuestros magnates han logrado entrar en el Senado; han comprado los partidos políticos contribuyendo con fondos para sus campañas, de la misma manera que se ha hecho en los Estados Unidos; se han apoderado de la prensa (2), ya sea mediante la compra de los grandes periódicos, como lo ha hecho Lord North-

(1) Frank Harris: novelista, dramaturgo y crítico inglés. (N. del T.)

(2) Antiguamente, tanto en Inglaterra como en los Estados Unidos, los grandes periódicos eran órganos que expresaban los diferentes matices de la opinión pública. Pero, en los últimos veinticinco años, la prensa ha caído bajo el dominio del capitalismo, y ahora su principal función consiste en defender los intereses de éste, no permitiéndose la publicación de nada que implique el más ligero ataque a ellos. Y como todas las religiones se han convertido en aliadas e instrumentos del capitalismo, no hay ningún periódico de importancia que se atreva a criticar o atacar alguna de ellas. (N. del T.)

cliffe (1), o dándoles anuncios grandes y costosos por vía de subvención - siéndonos conocidos ambos métodos a nosotros los americanos. Desde hace una o dos décadas, un nuevo grupo ha estado adquiriendo el control; y los que forman este grupo no tan sólo son hombres de la misma clase que la que lo ha logrado adquirir en los Estados Unidos, sino que también son frecuentemente los mismos individuos. Son los grandes prestamistas, los grandes financieros internacionales, que son la última y más bella flor del sistema capitalista. Estos caballeros hacen de todo el mundo su hogar - o su ostra, según lo expresa Shakespeare. Saben acomodarse a todos los ambientes; son católicos en Roma y en Viena, aristócratas terratenientes en Londres, aficionados a la buena vida en París, demócratas en Chicago, socialistas en Petrogrado, pero siempre judíos dondequiera que se encuentren.

Y, naturalmente, estas nuevas clases, al comprar el Gobierno Inglés, también han comprado la Iglesia Anglicana. A pesar de ser escépticos y hombres de mundo, saben que necesitan tener una Religión. Han leído la Historia de la Revolución Francesa, y la sombra de la guillotina siempre está presente en sus pensamientos; ven al Gigante del Trabajo, intranquilo entre sus tormentos, buscando a tientas, como en una pesadilla, la garganta de su enemigo. ¿Quién puede cegar a este gigante, quién puede encadenarlo a un lecho de sueño? No hay más que un solo agente que puede hacerlo, el cual no tiene rival - el Guardián de los Santos Secretos, el Delegado del Terror Todopoderoso, el Dispensador y el Retenedor de la Vida Eterna. ¡Tiembla, esclavo! ¡Póstrate y hunde tu frente en el polvo! La memoria trae ante mis ojos una escena que me hacía estremecerme en mi niñez - mi severo viejo Obispo, revestido de sus vistosas vestiduras ceremoniales, ex-

(1) Alfred Charles William Harmsworth, Vizconde Northcliffe: magnate de la prensa inglesa. Fundó grandes periódicos en Londres y en las provincias, y adquirió otros mediante compra; hasta logró hacerse del famoso "The Times" de Londres, periódico que siempre había gozado de una reputación tradicional por su absoluta independencia de todo interés mezquino y como órgano de la opinión pública. Hoy en día, apenas habrá en Inglaterra dos periódicos de importancia que no sean órganos de los intereses creados. (N. del T.)

tiende las manos sobre la cabeza del nuevo sacerdote, y pronuncia aquélla la más terrible de todas las maldiciones cristianas:

"!A los que perdonareis los pecados, perdonados les son; y a los que se los retuviereis, les son retenidos (1)!"

(1) (Evangelio de San Juan, capítulo XX, versículo 23.): Uno de los textos de la Biblia en que las castas sacerdotales cristianas fundan su autoridad para absolver a los penitentes. Según parece, la confesión se originó en el antiguo Egipto, en donde los que se iniciaban en los misterios isíacos (culto de Isis, diosa de la fecundidad) se confesaban con el hierofante. Moisés fue un iniciado del más alto grado, y después introdujo la confesión en el culto de Jehová; fue, pues, natural que la practicaran los primeros cristianos, que, al principio, no fueron más que una de las diez sectas judías. Antiguamente, la confesión era pública; hoy en día, todavía la practican así algunas sectas calvinistas. Ya por el año de 396, Nectario, Patriarca de Constantinopla (381-397), abolió la confesión pública, a causa del escándalo que produjo la confesión de una viuda joven, que confesó públicamente que había tenido comercio ilícito con un diácono. Pero no fue sino hasta en el año de 450 que el Papa León I (440-461) abolió por completo la confesión pública. La confesión auricular, la que comenzó a practicarse en el siglo III y, por varios motivos, se fue haciendo más común, quedó establecida definitivamente en 1215 por el Cuarto Concilio Laterano, el cual ordenó que todos los católicos se confesaran por lo menos una vez al año. Además de los egipcios, varias otras naciones de la antigüedad practicaban la confesión pública o auricular. También la practicaban los aborígenes del Nuevo Mundo. En el capítulo III del Libro I de su "Historia de la Conquista de México", W. H. Prescott nos dice: "Las grandes ciudades estaban divididas en distritos, estando encargado de cada uno de ellos una especie de clero parroquial, el cual regulaba todos los actos religiosos dentro de su jurisdicción. Es interesante advertir que administraba los ritos de la confesión y de la absolución. Se consideraba inviolable el sigilo del confesonario, y se imponían penitencias muy parecidas a las que acostumbra la Iglesia Católica Romana. La ceremonia azteca presentaba dos peculiaridades notables. La primera consistía en que, puesto que la reincidencia en una transgresión se consideraba como inexpiable, la confesión se hacía sólo una vez en la vida del hombre, y se difería generalmente hasta un período avanzado de ésta, cuando el penitente descargaba su conciencia y saldaba de una sola vez todo el cúmulo de sus iniquidades. La otra peculiaridad consistía en que la absolución sacerdotal era admitida en substitución del castigo que las leyes imponían por las transgresiones, y autorizaba la exoneración del reo, en el caso de que fuese aprehendido. Mucho después de la Conquista, los simples indígenas, cuando caían bajo el brazo de la ley, trataban de eludirse de él presentando el certificado de su confesión." (N. del T.)